

Y esta es —bajo el punto de vista del creyente— la postura de Comin. No comparte el planteamiento privatizador de la religión que propugnó Lenin, sino un puesto de primera línea en la lucha social, siempre que con sus hechos demuestre su fuerza transformadora más que con las palabras.

Esos son estos dos libros del militante cristiano y comunista al mismo tiempo —más comunista que marxista, en mi opinión—, Alfonso Carlos Comin, que serán de indudable interés en el repetitivo y vacío panorama editorial religioso español. El primero con su estilo tan atrayente y tan personal, y el segundo como expresión documentada y justificativa de su postura social dentro de la Iglesia católica. ■ E. MIRÉT MAGDALENA.

DISCOS

Descubriendo a Raúl de Souza

Desde hace unos años, las multinacionales discográficas nos están obsequiando con una serie de lanzamientos dentro de un género que podríamos definir como "jazz + rock + funk", extraño híbrido que resulta de amachambar clisés de grupos innovadores, como Weather Report o la Mahavishnu Orchestra, con estructuras rítmicas discotequeras, en el sentido peyorativo de dicho término (ritmos cuadrados, machacantes, sin imaginación, asfixiantes). Compañías como CBS, Arista o Blue Note se han convertido en afamadas productoras de esta papilla, utilizando los indudables talentos de un número relativamente pequeño de músicos de estudio que se agrupan en innumerables permutaciones. Los saxofonistas Michael Brecker y Tom Scott, el guitarrista Steve Kahn, el bajista Will Lee y el batería Steve Gadd son algunos de estos mercenarios cuya simple presencia en los créditos de un disco añade una sombra de sospecha sobre el contenido.

Sin embargo, también en este mercantilizado género puede surgir la sorpresa. Aunque venga de la dudosa mano del teclista George Duke y con el sello de "Especial Discoteca" en la portada, como es el caso del

primer disco llegado a España del trombonista Raúl de Souza (1).

Se trata evidentemente de un producto mistificado, como ocurre con la mayoría de las grabaciones realizadas en USA por músicos brasileños, pero hay suficiente frescura en las interpretaciones para romper los moldes. Hasta en los dos temas que abren el disco, composiciones de George Duke destinadas a ser bailadas, se puede disfrutar con el gomoso bajo de Byron Miller y las cortas intervenciones de Souza, que hacen olvidar el horroroso pegote de unos coros femeninos repitiendo los títulos de los temas.

Sin embargo, es en el resto del LP cuando se descubre a Raúl de Souza como un trombonista cálido e inventivo, cuyos discursos alcanzan una extraordinaria fluidez que recuerdan —como bien dice Freddie Hubbard— solos de trompeta o friscornio. Souza también intenta cantar en inglés la "Canção de nosso amor", pero resulta mucho más elocuente soplando su



Raúl de Souza.

instrumento en sus propias composiciones, donde dialoga sin complejos con solistas como Patrice Rushen, Al McKay o el mismo Freddie Hubbard.

Después de Albert Mangelsdorff y Roswell Rudd, no ha habido grandes sorpresas en el

(1) Raúl de Souza: Sweet Lucy (Capitol 10 C 062-85208, 1977).

campo del trombón jazzístico, por lo que se agradece la ligereza sonora y la pulcritud técnica de Raúl de Souza. Si logra mantener el rumbo en medio del espejismo del "jazz-rock-funky", habrá motivo para regocijarse. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

La Fanega: un primer paso

Primer disco de larga duración (1) de un grupo vallisoletano constituido hace ya algún tiempo, en julio de 1975: La Fanega. Dos años largos, pues, ha necesitado el conjunto para acceder a los estudios de grabación, que posibilitan una mayor audiencia y repercusión de su trabajo, cuando existen tantos y tantos nombres extranjeros sin el más mínimo interés que nos bombardean en todo instante, gracias a la "benéfica" labor de las casas discográficas pertinentes. Pero, en ese período de tiempo, La Fanega ha venido cumpliendo una tarea callada,

LP sobresaliente ni perfecto, pero pedir esto en una "opera prima" sería tanto como exigir la luna, justamente a los que menos medios materiales tienen, precisamente, para conquistarla. Pero sí que se trata de un trabajo digno y revelador de la idiosincrasia e intereses del cuarteto, por lo demás absolutamente reivindicables: dos tipos muy definidos de canción confluyen en sus voces e instrumentos musicales, antiguos o nuevos; dos tipos de labor que no solamente son ajenas, sino que se complementan y forman todo un cuerpo homogéneo y coherente de búsqueda artística. Son esas formas: los temas populares, tradicionales, "folklóricos" o directamente basados en ellos; y aquellos otros correspondientes mejor a una inquietud y una sensibilidad nueva, "urbana", ya que, como el propio conjunto dice, ciudades como Valladolid, León, Burgos o Medina del Campo viven plenamente en una dinámica contemporánea y muy diferente de aquella que recogía los cantos de ciego o los romances de la



La Fanega.

aunque no por ello menos digna de ser resaltada en su eficacia: recitales en uno y otro lugar, especialmente dentro de esta tierra castellana, cuya cultura, personalidad y canción ellos defienden.

No se trata el presente de un

(1) La Fanega: "Y cada paso que demos..." (Gong 17.1209/5).

molinera y el pastor, y sus "conflictivas relaciones sexuales". Y como ambas problemáticas, ambas raíces y ambas sensibilidades les son propias, La Fanega no quiere ni puede prescindir de ellas —ya otros "representantes" de la canción castellana, la de carácter oficialista o la de ambiguos y algo despistados, cuando no oportunistas artistas, así lo hacen—.